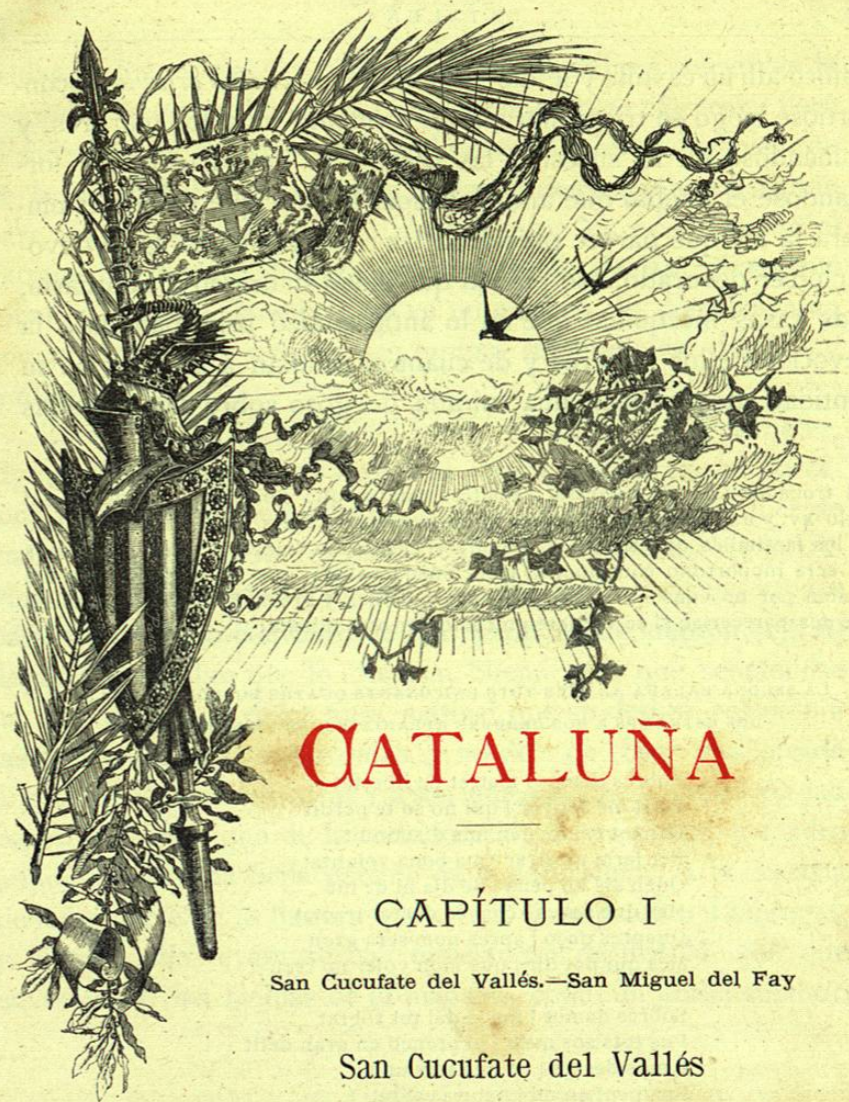


A
946
C.



CATALUÑA

CAPÍTULO I

San Cucufate del Vallés.—San Miguel del Fay

San Cucufate del Vallés

SOBRE (a) los destrozados restos de un monumento romano, á pocas millas de Barcelona, al lado de un pequeño pueblo de que lo separa una ancha plaza y cuyas casas distribuídas caprichosamente parecen otros tantos humildes servidores del coloso, si así puede decirse, levántase majestuoso y pintoresco el monasterio de San Cucufate del Vallés. Un emperador romano

(a) Á la inicial de esta palabra acompañaba en las anteriores ediciones la siguiente nota: «Esta S es copia de la que encabeza la segunda de las cinco baladas

edificó allí un castillo y le dió su nombre; el *castro octaviano* convirtióse luego en triste morada de tormento para los mártires, y apiñándose en lo sucesivo las casas á su inmediación fué formándose el pueblo que ahora vemos. Y para que no se desmintiera la ley que parece presidir á las cosas humanas, la de devorar ó ser devorado, ese pueblo que debió su origen al santuario, esas casas mezquinas que en lo antiguo alzó principalmente la devoción de los romeros y de cuantos acudían á la fama de su santidad, hoy pasean una mirada de gozo sobre las asoladas

del trovador *Luis de Vilarasa*, caballero catalán que floreció á principios del siglo xv, y uno de los que forman el *cancionero* de Paris. Como poseemos uno de los facsímiles que trajo á Barcelona el anticuario francés M. Tastu, creemos no será inoportuno continuar la mencionada balada, que no traduciremos del catalán por no consentirle su extremada sencillez y gracia de la frase, prendas que desaparecerían si se vertiese en cualquier otro idioma:

LA SEGONA BALADA AB RIMS TOTS UNIÇONANTS QUATRE BORDONS CROHATS
DOS ESTRAMPS É DOS DERRERS APPARIATS E AB UN RETRONX.

Sobres damor | matret de libertat
Dant me senyor | qui no so te perdit
Car tot esforç | en mis disminuít
Per ferm mostrar | ma bona voluntat
Quen als no pens | de dia ni de nit
Mes que sabes | com so damor tractat
Quapres deço | apres nom sera greu
Mes qui pot dir | que mon voler no creu

Sobres damor | ma ja del tot sobrat
Pus tots sos mals | jo prenc en gran delít
E mos desigs | en una tots unit
Rompent en mi | natura calitat
Vers mi mateix | la llengua ha fallit
E tots mos gests | com be ho han mostrat
Los bens que sent | perdona quim descreu
Mes qui pot dir | que mon voler no creu

Sobres damor | en aço ma portat
Que tot quant es | mira com ha dormit
Car jo tostemp | ab ull del esperit
Veig ço que pens | ques mon be desigat
E tots los fets | quamor noy ha sentit
Encreurami | ... será trobat
Mes jo faré | quells me creuran en breu
Mes qui pot dir | que mon voler no creu

celdas de los monjes, cuyos miserables escombros conservan la señal del fuego que les aplicó una muchedumbre enfurecida. Pero el santuario, el claustro y casi todo el recinto exterior escaparon de la voracidad de las llamas, y largo tiempo aún subsistirán para solaz y contentamiento del artista que los salude desde el extremo de aquella llanura ó descendiendo de las colinas que roban su vista á Barcelona, si ya un decreto de demolición no nos arrebatara para siempre ese templo celebrado en crónicas y tradiciones (a).

Entretanto, si en medio del tráfico y bullicio que le envuelve, alguna vez le viniere en mientes al artista que habita en Barcelona visitar el mencionado monumento, aconsejámosle á fuer de viajeros que deje á la derecha el trillado y monótono camino de Moncada, y que pausadamente, por una bella mañana, váyase para el arruinado convento de San Jerónimo de Hebrón (b). Al llegar á la cumbre que lo domina, bueno será que sentándose un rato aspire la dulce aura matinal que se desliza robando á las flores y plantas sus aromas, y no deje de echar una ojeada á la ciudad que quedó atrás y á sus inmediaciones, que en verdad espectáculo es digno de la consideración de un poeta, y cuadro armonioso de una bella porción de la naturaleza. Á la derecha tiéndese parte de la llanura que cruza el serpentino Llobregat, y junto á ella levántase con majestuoso declive Monjuí, que envuelto en las nieblas de la mañana, como un árabe sombrío

(a) Por suerte no ha llegado á realizarse tan triste presentimiento. Destinado el templo á parroquia del pueblo, ha quedado su conservación á cargo de la superior Autoridad eclesiástica de la diócesis, habiendo ésta destinado, de acuerdo con la Comisión provincial de Monumentos, algunas sumas para evitar la ruina que había empezado á iniciarse en estos últimos años en los arcos del crucero del lado de la epístola. El claustro está, por disposición del Gobierno, al cuidado del Ayuntamiento, y aunque ha sufrido sensibles mutilaciones en sus interesantísimos capiteles, se ha conseguido se impidiese el paso por el mismo para entrar á la escuela municipal, situada en una dependencia contigua, lo que contribuirá principalmente á su conservación.

(b) El camino de Moncada puede sustituirse ahora por el Ferro-carril de Zaragoza, descendiendo en aquella estación ó mejor en la de Serdañola. Es, no obstante, más pintoresco el de Vall de Hebrón, convertido en excelente carretera.

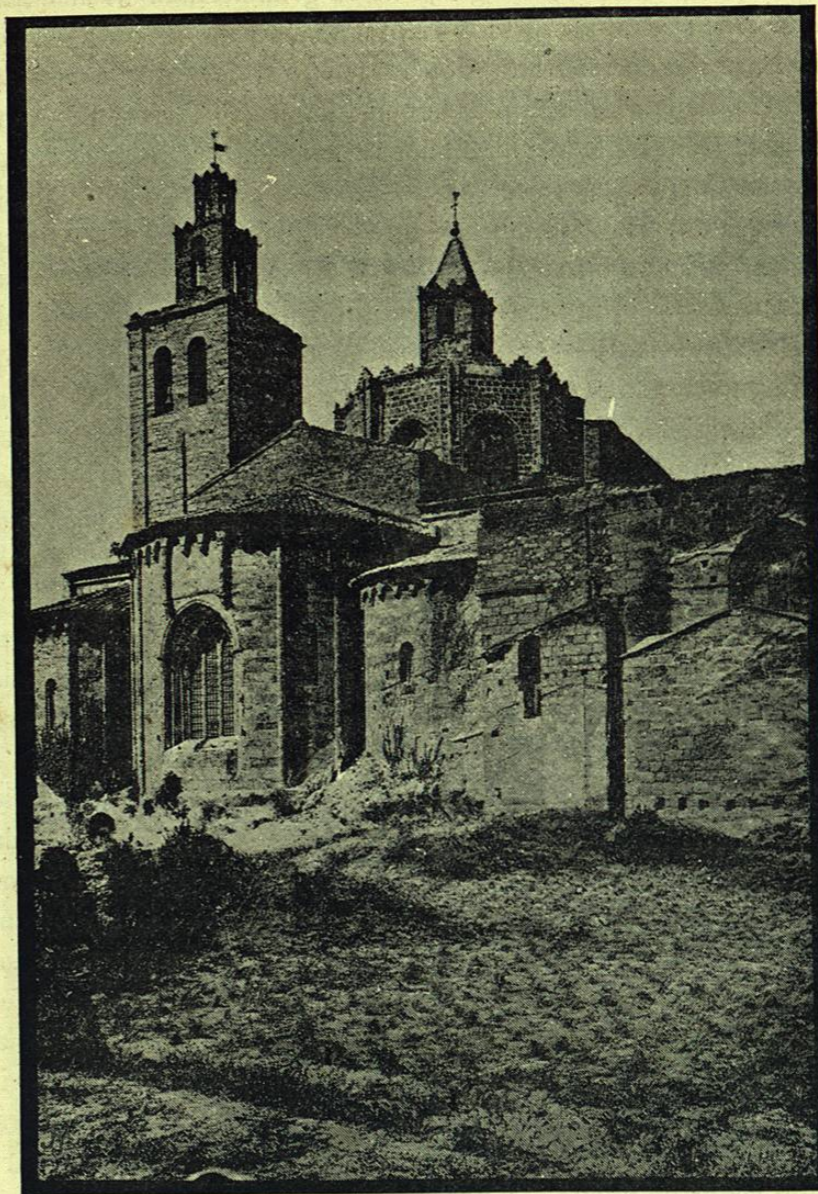
en su alquicel (1) mira con desdén las casas de campo y aldeas desparramadas alrededor de su falda. Y luego casi en el centro, ofrécesenos Barcelona á nuestros piés, con el inmenso murmullo que de su recinto se levanta, con el vario rumor de las campanas que dispiertan, con los brazos de su puerto que entrando en la mar forman una línea delgada y espantosamente combatida por las olas que pugnan por reconquistar lo que les arrebató el ingenio del hombre y con su bosque de movibles mástiles, donde ondean pabellones de todos los pueblos, mientras ocupa todo el fondo el luciente Mediterráneo, que parece escala las nubes, y en cuyo inmenso espacio aparecen como perdidas dispersas naves; que andan tan fantásticamente sin ruido y sin piés, y desaparecen en distintas direcciones. Bello, tristemente bello es aquel cruzar de las naves y aquel hundirse con silencio en el confuso horizonte; porque así salimos todos de un puerto común, así nacen nuestras ilusiones, nuestras simpatías, así nos hacemos á la vela en el mar de la vida, ay! y cuán pocos lo cruzamos al lado de lo que más hemos amado, cuán pocos al llegar al puerto de la vejez volvemos á encontrar nuestros amigos, que fueron desapareciendo en tan larga travesía ó á quienes tal vez retuvo en ignorada playa nuevo afecto, nuevo círculo de ilusiones!

Pero, interrumpiendo el curso de semejantes ideas, despídase el viajero de Barcelona y de sus torres y de su mar, y empiece á descender poco á poco por la opuesta vertiente de aquellas colinas. Y aunque se queje el viento azotando las copas de los menguados y no muy espesos pinos que orlan aquella senda, aunque el eco no repita otra pisada que la suya, un compañero

(1) Imagen tomada de una bellísima composición poética de nuestro amigo D. José Semis (a).

(a) D. José Semis y Mensa, distinguido poeta contemporáneo de Piferrer, formó parte de la generación literaria que se dió á conocer en Barcelona en la época del despertamiento de la escuela romántica, en la cual figuraron, á más de los dos indicados, Carbó, Fontcuberta, Tió, Cortada, Mata y otros.

Falleció á la edad de 36 años. Las mejores de sus composiciones poéticas vieron la luz, con las de Piferrer y Carbó, en un volumen que se publicó en 1851, gracias al cuidado de algunos buenos amigos de aquellos poetas, y principalmente al del señor D. Manuel Milá y Fontanals.



MONASTERIO DE SAN CUCUFATE DEL VALLÉS

fiel no le abandonará por mucho rato, y apareciendo á lo lejos le hablará en el mudo lenguaje de su grandiosidad misma. Entonces, si su corazón goza y siente lo que ven sus ojos, no los apartará del encumbrado Monserrat que se levanta de repente á la izquierda al extremo de aquella llanura; y si de él no aparta la vista, inútil es que intentemos trazar ahora un bosquejo de aquellas masas enormes que se lanzan á las nubes, de aquella montaña tajada y caprichosamente partida, portentosa catedral con atrevidas agujas, inmensa fortaleza cuyos torreones amontonanse unos sobre otros, misteriosamente ceñidos con la niebla de las tradiciones, y poblados de sombras y apariciones que sólo ahuyenta la imagen de la Virgen. Entre tanto irá hundiéndose hacia el Vallés, y desde la altura más cercana podrá á su sabor contemplar el monasterio. Empero bueno será que acabando de bajar de la colina, atraviase el corto trecho de llano, que entre ésta y aquél se interpone, para disfrutar de cerca de la vista de tan ansiado monumento.

Alzase delante de él una considerable fábrica, por la parte de mediodía circuida con una especie de muro guarnecido de almenas y flanqueado por torrecillas, que formando ángulo sigue por la parte de occidente hasta reunirse con la abadía ó habitaciones de los monjes, protegiendo de este modo el templo que queda dentro encerrado. Así continúa la abadía defendida en sus flancos por altos torreones, de manera que á no ser por el rosetón del frontis que como un ojo vigilante asoma por encima de las almenas en el fondo del atrio y si el campanario se alzase menos del suelo y acallase sus bronceadas lenguas, el santuario pasara por gótica fortaleza, y la puerta central de la abadía, abierta en pesada ojiva en un torreón cuadrado con visos de haber habido puente levadizo, pareciera más propia para repetir el duro patear del bardado bridón que conducía su armado señor de vuelta de una empresa, que los mansos pasos de la pacífica mula, que en bien mullida y aforrada silla y con sendos estribos de madera á la usanza morisca, sin necesidad



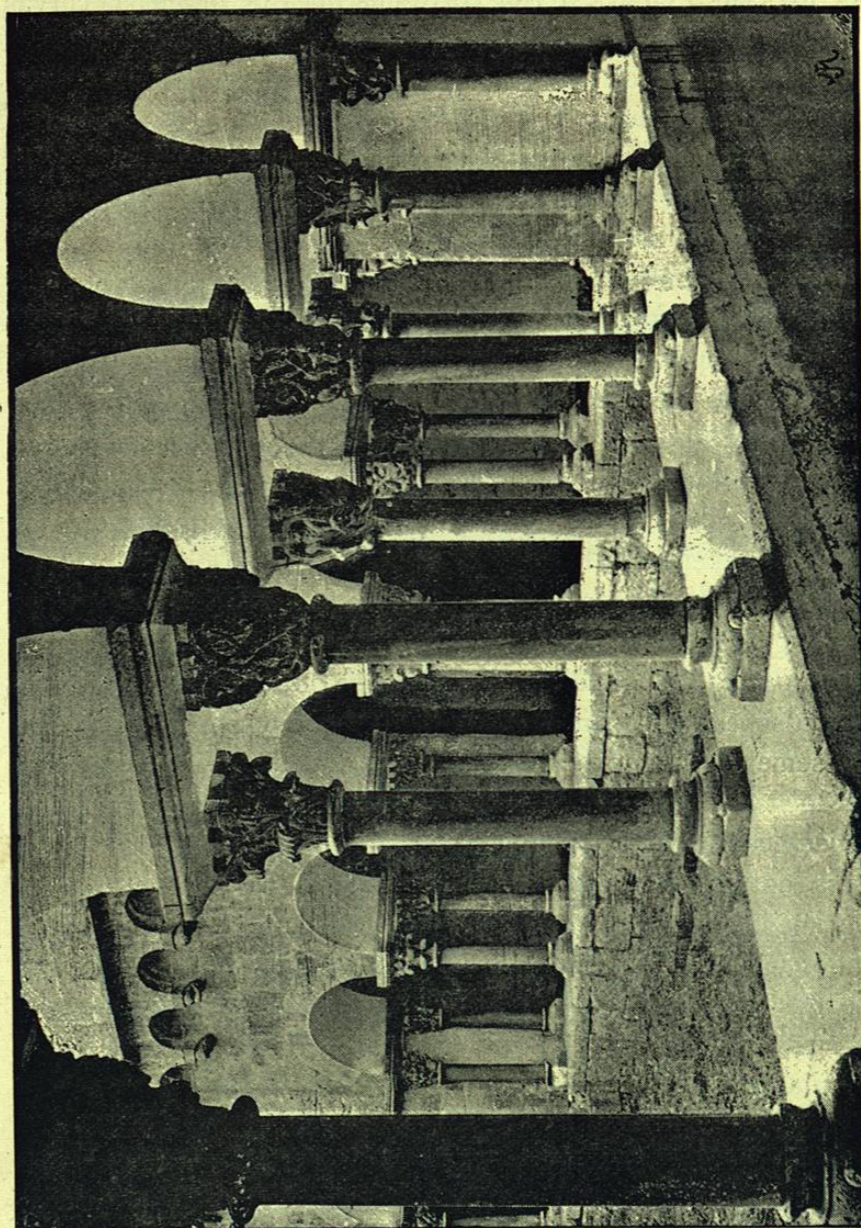
SAN CUCUFATE.—TORRE Y CIMBORIO

de freno ni de acicate, llevaba hace poco al reverendo benedictino, ora saliese de la abadía, ó ya á ella regresase.

Pero ahora la bóveda del portal no repite los pasos del caballero ni del monje, y sólo el que va á visitar el monasterio turba el silencio de aquel lugar, donde todo respira la antigüedad más venerable. Atravesémosle, pues, y entremos en el patio que precede al claustro. Un árbol corpulento y frondosísimo, colocado algo desviado del centro, sombrea la entrada de este, y el susurro de sus ramas armonízase admirablemente con el murmullo de la fresca fuente, que saliendo de una húmeda y musgosa pared vierte el agua en una pila de mármol, un tiempo urna sepulcral, en cuyo centro todavía se conserva esculpido un busto, clara prueba de su origen antiquísimo. Bueno será que eche el viajero una mirada á su alrededor, y sin aguardar aviso de portero y sin que le preceda lego humilde ó solícito padre, salude con respeto aquel pobre árbol solitario y la pila de mármol cubierta de negro musgo, y con mesurado andar éntre en el claustro, obra grandiosa y aún espléndida para la época en que se hizo (a). Es del género bizantino, y cada corredor consta de diez y ocho pares de columnas, de manera que forman el considerable total de ciento cuarenta y cuatro. Los capiteles de estos pilares pareados ofrecen labores variadas, toscas y caprichosas, y los del corredor de mediodía están de tal manera dispuestos, que los de las columnas que dan á la parte exterior ó al patio contienen adornos de cestos, hojas, palmas y demás propios de semejante género, al paso que los que miran al interior figuran asuntos sagrados con una forma tan extraña, que en los ángulos sobresalen como cuatro pequeños doseles. Sobre ellos cargan los macizos y pesados arcos semicirculares, encima

(a) Ha desaparecido el árbol. La pila de mármol es un notable sarcófago evidentemente romano-cristiano de los primeros siglos, que se conserva hoy día en el Museo Arqueológico provincial de Barcelona, instalado en Santa Águeda. Las construcciones que cerraban por su lado norte este patio han sido destruídas hasta los cimientos.

CATALUÑA



SAN CUCUFATE.—CLAUSTRO